

Haití: cambio democrático y tradiciones

Hérolde Jean-François

Economista de la información. Posgraduado en Relaciones Internacionales. Periodista y analista político.

Traducción: Gabriela Cabantous.

Resumen

El autor analiza el peso del pesimismo cuya fase está constituida por las tradiciones de inmovilismo político y de debilidad de la sociedad créole, y plantea la necesidad de instaurar el Estado de derecho.

Abstract

The author discusses the weight of pessimism, made up of the traditions of political paralysis and the weakness of the Creole society, and plants the idea of the need to establish the rule of law.

Palabras clave

Tradiciones; Transición a la Democracia; Polarización Social; Estado de Derecho.

Keywords

Traditions; Transition to the Democracy; Social Polarization; State of Right.

Cómo citar este artículo

Jean-François, Hérolde 2008 "Haití: cambio democrático y tradiciones" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VIII, Nº 23, abril.

En nuestro país, Haití, escuchamos desde la adolescencia hasta la edad adulta una cantinela familiar: "¡Este país no cambia más!", o una frase fatalista cargada de decepción: "Parece que voy a morirme sin ver el cambio".

Cuando somos jóvenes, con la determinación que caracteriza a la juventud, nos rebelamos contra esta visión de las cosas y nos comprometemos a demostrar lo contrario, ¡vamos a cambiar este país! Pero los escépticos saben de qué hablan, han visto generaciones de empecinados romperse la cabeza contra un muro impermeable a todo cambio.

Cuando más adelante caminamos por el costado oscuro de la edad, la realidad de los hechos, los intentos, los fracasos y los reinicios hacen que empecemos a dudar nosotros también, y nos sorprendemos sumando nuestra voz al coro del pesimismo y la fatalidad.

En Haití, a fuerza de integrar los valores negativos asociados a la imposibilidad de cambio, a veces nos sorprendemos actuando de acuerdo con esta realidad de resistencia al cambio. En nuestro país existe todo un ejército de hombres al servicio de la resistencia al cambio. Todas sus acciones tienen como objetivo complicar la labor de los que intentan hacerlo posible. Encontramos toda clase de excusas y justificaciones para rechazar el cambio o dejarlo para el año verde. Nos inventamos una coraza por la que se escurra cualquier veleidad para innovar.

Cuando se inició la era democrática en febrero de 1986, la clase política, nuevamente organizada y con permiso para ejercer, presentó nuevas ideas, tomó iniciativas, protestó, rechazó las teorías de poder, se manifestó en las calles y propuso una nueva visión de la sociedad, imprimiendo un nuevo ritmo a lo cotidiano. A menudo se escuchaban, y aún hoy se escuchan, personas que justifican la represión salvaje del poder, metiendo todo en una misma bolsa: "Esto no va con nuestras costumbres y tradiciones". Pero, ¿qué costumbres y qué tradiciones? Cuando nos saquemos eso de la cabeza, aparecerán nuevos moldes para imponer una nueva visión de ruptura.

La dificultad más grande del cambio democrático en Haití proviene de la persistencia de una inflación de visionarios al mando del Estado. Es más fácil reproducir el sistema que transpirar todos los días para aplicar métodos de cambio. Y seguimos haciendo lo mismo de siempre, improvisamos según nuestra tradición de hacer mal las cosas o de "esforzarnos dentro del mal", para citar a Anténor Firmin. Esto significa que seguimos acumulando atraso en todos los campos, nuestros dirigentes no asumen las exigencias de su función, no se realizan intervenciones públicas, el país espera respuestas a los problemas y el pueblo librado a sí mismo se las arregla con los medios a mano para sobrevivir; el resultado está allí en el cuerpo de nuestras ciudades. El abandono del Estado, la indiferencia

de las élites, los malos gobiernos acumulados se traducen en índices de subdesarrollo que ubican a nuestro país en el último lugar de todas las clasificaciones. Otra dificultad no menos preocupante es la incapacidad de los partidos políticos de posicionarse como opción viable de poder para tomar el mando y aplicar su visión de modernización del Estado.

En febrero de 1986, con la caída de la dictadura duvalierista, los herederos del poder salidos del régimen depuesto no habían manifestado ninguna intención firme de ruptura. La transición había comenzado mal. En lugar de hacer un cambio radical, una refundación para instalar las nuevas estructuras dictadas por la Constitución del 29 de marzo de 1987, improvisamos como siempre. En vez de cambiar la tela por una nueva, preferimos remendar el trapo podrido. Dejamos pasar todas las oportunidades de cambiar para mejor, adoptando los valores universales ligados a la elección del nuevo sistema político. Es cierto que esta situación tiene que ver con el hecho de que durante las casi tres décadas de dictadura el país no tuvo ninguna estructura política viable capaz de representar una alternativa de poder. El duvalierismo había sido un poder vitalicio basado en un partido único; cualquier paso en falso del régimen implicaba un vacío político que solo las fuerzas militares podían llenar objetivamente.

Ya que, según la visión de ciertos líderes, el poder en Haití emana de los militares, hemos asistido a un desfile de cortesanos y hombres de uniforme: no se puede pedir más. Una vez más, la tradición va a hacer que el cambio sea nuevamente complicado.

La apertura de la transición democrática trajo a escena, junto con quienes lucharon contra la dictadura, a un importante séquito de actores de toda índole. Estaban aquellos que dejaron el país durante sus hermosos años de juventud llevándose con ellos las más bellas ilusiones revolucionarias y que traían en la valija las costumbres adquiridas al vivir la mayor parte de su vida en democracia, pero también toda su desilusión. La generación 46/57 dejó su marca en África, Norteamérica y Latinoamérica, en Europa occidental y oriental, y en el Caribe. Este grupo tenía la necesidad de servir y de ser útil. Es, a pesar suyo, la generación perdida. Había además jóvenes cargados de diplomas y títulos universitarios que, como los primeros, llevaban en su cuerpo el estigma de inviernos rigurosos y que juraron quedarse a toda costa. ¡Aunque "a toda costa" podría significar también perder los escrúpulos!

La resistencia del sistema al cambio iba a dar a la transición el aspecto característico de muchas de las etapas de la historia de nuestro país. Complots, golpes de Estado, tentativas de derrocar al poder, asesinatos de opositores, arrestos, bastonazos, exilios, asilos en las embajadas, como si la misma historia de Haití fuera incapaz de cambiar los hechos

«La débil convicción de algunos de nuestros ‘demócratas’ no pudo resistirse a un puesto de ministro, rector de la universidad con vacaciones dobles o a otros puestos»

de una época a otra. La fatalidad del no-cambio nos persigue, iacá también!

Los demócratas de ayer que se pasaron del otro lado, al servicio de regímenes anacrónicos y grotescos, desfilan frente a sus camaradas con los que hicieron parte del camino. La transición democrática en Haití está colmada de estas imposturas o de estos impostores que nos han hecho perder tanto tiempo en la ruta del progreso y del cambio verdadero. La débil

convicción de algunos de nuestros “demócratas” no pudo resistirse a un puesto de ministro, rector de la universidad con vacaciones dobles o a otros puestos como el de interventor, miembro del gabinete privado, asesor especial, encargado de una misión, etc. ¡Estas situaciones desfilan delante de nosotros con sólo hacer memoria y estamos seguros de que se le puede poner un nombre a

cada uno de esos puestos! Fueron miembros del gobierno de salvación nacional, rueda de auxilio en el golpe de Estado del 30 de septiembre de 1991, parlamentarios en las elecciones fraudulentas e impugnadas.

Es cuestión de marcar la diferencia entre los decepcionados y los infatigables. Los decepcionados son los que se volvieron oportunistas o perdieron toda esperanza de cambio o los que, ya con los nervios de punta, se volvieron “realistas” y “pragmáticos”. Estamos ante la tentación de la experiencia del poder, para ver cómo se vive del otro lado. Dar un “pequeño golpe”, ganar un dinerillo, tener un vehículo de funcionario, vales de gasolina, *viáticos* abundantes, hacer todos los platos a nuestro estilo y ¡esta vez sí, de verdad, de acuerdo a nuestras costumbres y tradiciones!

Los infatigables son los que son incapaces de transigir dejando de lado sus principios y que resisten contra viento y marea. Son los que protestan contra toda situación anormal, los que se comprometen a resolver las crisis, los que están en todos los acuerdos, en todas las movilizaciones, en todos los

debates, para salvar la transición y ofrecer al país una perspectiva distinta a la política tradicional con su séquito de desgracia y represión. Entre los infatigables están también los que dieron un mal paso, se desviaron un poco, pero por suerte se echaron atrás a tiempo.

Desgraciadamente, la larga transición democrática de nuestro país se tragó a una gran cantidad de infatigables. El paso del tiempo los obligó a partir sin ver el cambio por el que se desvivieron. Ellos son el ejemplo claro de la fatalidad haitiana de vivir mucho tiempo y morir sin ver el cambio, lo que refuerza una convicción tan antigua como la nación, la imposibilidad de cambio para Haití. Y como si esta fatalidad no fuera suficiente, los infatigables pagan periódicamente un pesado tributo por negarse a transigir. Son aquellos que son arrestados por complot contra la seguridad nacional, aquellos a los que no les dan trabajo, a los que les incendian las casas o las sedes de sus partidos como represalia grosera, entre otros horrores.

El desafío de cambiar

Ahora bien, tenemos el desafío de trabajar sin descanso para conseguir el cambio. Todos aquellos que, desde el nacimiento de nuestro país, se fueron o cayeron sin ver asomar el cambio, no lo buscaron, en general, para ellos mismos. La mayoría eran pudientes. El sueño del cambio que existe desde Jean Jacques Dessalines es a favor de la mayoría. Esta mayoría está allí, inmutable en su postura de víctima de nuestra sociedad.

Más que nunca aspira al cambio. Le debemos este cambio, no sólo para honrar a los que dedicaron su vida a provocarlo, sino por ella misma, para hacerle justicia. Al mismo tiempo, tenemos que entender, sin rodeos, que no habrá cambio en Haití con una masa mayoritaria sin conciencia crítica. Tenemos la obligación de educar a esta masa para formar su conciencia. Mientras nos neguemos a educar a la mayoría, ésta seguirá siendo un freno para el cambio al que aspira legítimamente y un freno para el cambio de la nación toda. Tenemos que entender la urgencia que existe en democratizar el saber y el conocimiento, para contribuir al nacimiento de la mayor cantidad posible de agentes de cambio.

Para que el cambio se concrete, hay que romper con un conjunto de tradiciones. Instalar las estructuras para entrar en un Estado de derecho, poniendo fin a una sociedad de injusticias y desigualdades. Cuando alguien va contra la corriente en Haití, se escucha el clásico comentario: "Está loco, piensa que puede cambiar el país él solo". El cambio no llegará, tampoco, por sí solo. Llegará cuando todos hagamos algo de nuestra parte para que salga a la superficie. Es el conjunto de esta República de individuos el que debe agitarse para dar a luz y construir finalmente la nación.

Frente a estos bloqueos estructurales y estructurantes, los defensores del cambio deben desarrollar un modelo de comportamiento que llegue a influir en el resto de la sociedad. Deben asumir su diferencia, creer en ella y actuar de acuerdo a esta creencia de que el cambio es posible, aun si los demás no lo creen todavía.

A lo largo de la transición democrática no conseguimos salir del sistema político tradicional basado en la impunidad. Esta incapacidad debilitó al Estado a tal punto que volvimos al estado natural, con la producción de una realidad de no-derecho. La decisión fatal de despedir al ejército sin formar una fuerza de seguridad capaz de hacer frente a la nueva realidad social y a toda la evolución contraria puso en riesgo la soberanía nacional con la desafortunada toma del mando por parte de la comunidad internacional. Ninguna sociedad puede vivir sin fuerzas de seguridad regulares para hacer frente a la delincuencia, reprimir el bandolerismo y garantizar la seguridad de vida y bienes. Desde este punto de vista, abandonar la tradición fue terrible para nuestro país, ya que dejó instalar en sus costumbres el bandolerismo, los secuestros, los asesinatos, los ajustes de cuentas por medio de ejecuciones sumarias sin consecuencias. A la fuerza, nos dimos cuenta de que vivir sin fuerza de seguridad nacional, llámese o no ejército, de ninguna manera está de acuerdo con nuestras tradiciones! Para salir de la transición democrática y avanzar hacia la consolidación del proceso democrático haitiano, los dirigentes de nuestro país deben hoy tomar medidas para crear una fuerza de seguridad nacional con un pliego de cargos claro, teniendo en cuenta las confusiones y errores del pasado en cuanto a la misión del ejército. Ninguna fuerza extranjera sabrá ejercer esta función de soberanía de forma permanente en nuestro país. El país debe movilizarse para obtener un compromiso claro del poder público, en el sentido de recuperar la soberanía nacional, lo que solamente es posible mediante el establecimiento de estructuras endógenas de seguridad que sustituyan gradualmente la presencia extranjera que representa el fracaso de la nación, sus élites y su pueblo.

Romper con la tradición

A partir del 7 de febrero de 1986, vivimos en otro país desde todo punto de vista. Este hecho se puede ilustrar de manera negativa o positiva. Debemos decir que el cambio está allí, aunque imperceptible a simple vista. Los que en las emisiones de *Tribuna libre* sugieren una vuelta al pasado con las mismas figuras de la dictadura no se dan cuenta de que están utilizando una herramienta del cambio, la libertad de expresión, para proclamar una marcha atrás hacia un lugar donde existían trabas para las libertades públicas. Frecuentemente caemos en la trampa de medir el

cambio con la misma vara que el costo de vida, olvidando fácilmente todo el paquete que lo conforma. Los acontecimientos que movilizaron al país desde las elecciones impugnadas del 21 de mayo de 2000 hasta la apertura el 29 de febrero de 2004 son un indicio claro de esta evolución social en cuanto a la nueva opción de la sociedad haitiana. Los anacrónicos eran los que pretendían imponer al país las prácticas políticas tradicionales frente a los defensores del cambio que no pensaban volver atrás y que mostraron con determinación que en este país no alcanza con llevar las riendas del poder para imponerse por la fuerza al resto de la nación. Pero esta evolución no siempre es perceptible cuando se le contraponen los índices del costo de vida antes de febrero de 1986 e inclusive inmediatamente después, durante todo un período irresponsable de decisiones económicas catastróficas por las que todavía estamos pagando y que se conoce con el título de "festín democrático".

Otro ejemplo del avance del cambio con respecto a la tradición se refleja en el siguiente hecho. Durante los veintinueve años de transición democrática en Haití, la experiencia democrática pudo cada vez seguir adelante no obstante los que trataron de obstaculizarla. Nos hicieron perder tiempo que nos hubiese servido para avanzar y construir; sin embargo insistimos porque el cambio es un camino de una sola mano por el que es imposible volver sobre nuestros pasos. Las demoras, de hecho, deben ser consideradas como puestos de control que hacen el itinerario más largo. Sabemos algo de barricadas y rutas cortadas. La ventaja en el periplo de la ruta hacia el cambio es que nuestra costumbre y tradición de tomar atajos no sirve. Hay una sola opción, sólo se puede ir por la ruta principal!

En conclusión, recordemos que la búsqueda del cambio es una constante en la historia de nuestro país. Esta reivindicación es incluso tan vieja como la nación. Haití nació de la voluntad de los esclavos de cambiar la realidad colonial para vivir en libertad, igualdad y fraternidad. Desde este punto de vista, la obra de la Independencia debe completarse sobre la base del principio de igualdad. La sociedad haitiana de hoy tiene prácticamente las mismas características que la sociedad santo-dominguense. Un pequeño grupo de privilegiados que tienen todo y son capaces de integrarse sin problemas a sociedades más desarrolladas como ciudadanos del mundo del siglo XXI en paralelo con una mayoría que no tiene nada y que vive como en la Edad Media, con las reacciones y los instrumentos de labranza de la Edad Media.

Nuestro desafío como sociedad reside en lo siguiente: ¿Queremos reconocer hoy que fue más fácil para nuestros ancestros vencer el sistema colonial para darnos este país que para nosotros vencer nuestras propias barreras y llegar a transformarlo y hacerlo un lugar agradable en el

que todos podamos vivir? La victoria a la que aspiramos hoy la debemos ganar nosotros mismos y contra nosotros mismos. ¿Nuestras propias barreras son más inquebrantables que las fuerzas expedicionarias de Santo Domingo, que eran invencibles?

Si las tradiciones que tanto nos gusta evocar consisten en complotar para derrocar un poder legítimo, sobornar para distraer fondos del tesoro público, no pagar nuestras obligaciones fiscales y robar al Estado, que no es robar, *degaje pa peche*¹; si consisten en garantizar la impunidad general, lo que asegura la reproducción del sistema haciendo imposible toda perspectiva de cambio; si consisten en desconocer el derecho de la oposición a existir montando farsas grotescas para detener o eliminar a los opositores; si las tradiciones a las que nos aferramos tanto consisten en asumir el poder e imponerse por la fuerza, con golpes de Estado, elecciones fraudulentas, rechazo de la libertad de expresión, censura de prensa; si nuestras tradiciones son violar los derechos de los ciudadanos, negar a las mujeres los mismos derechos que tienen los hombres, corromper la justicia a favor del reino de la impunidad; si nuestras tradiciones son buscar el poder para disfrutarlo y no para gobernar y transformar la realidad social, etc., etc., etc., entonces tenemos que cambiar de tradiciones urgentemente. La mejor opción frente a la comprobación de las malas tradiciones que sólo han producido un país estéril, un país de injusticia que no da respuesta a los problemas de la población, es tener la inteligencia suficiente para romper con todas aquellas que representan un obstáculo para el progreso de nuestra sociedad. Debemos avanzar hacia la adopción de los valores universales del Estado democrático, el Estado de derecho cuyas virtudes admiramos en las sociedades que nos hacen soñar y que frecuentemente mencionamos como modelos.

Notas

1 En créole significa "no es pecado".